

## Uno

A cierta hora de la madrugada oyó un gimoteo en el exterior. Parecía un cachorro lamentándose de algo al pie de las instalaciones, como un indicio dolorido en la noche, o el fragor del hambre a esa hora inusual. Era efectivamente un perro, Fonseca lo vio claramente desde lo alto, tras saltar al instante de la cama e ir a pegar el rostro a los ventanales de la sala. Un cachorro enredado en su propio desvelo, gimiendo junto a las vigas de la base.

Enseguida abrió del todo las cortinas para verlo mejor y apreciar el entorno, el exterior aún de noche, y el cielo sorprendentemente claro, teñido de una tonalidad azulada, más despejado que lo habitual a esa hora, como si un dios voluble se hubiera asomado unos segundos antes por entre las cumbres, a escurrir de un soplo las nubes y apurar, a su manera, el despertar. A una veintena de metros vio el único árbol cercano al observatorio, un individualista desgajado del bosquecito a espaldas de las instalaciones, cuya estampa desgarrada y habitual le sugería cada noche a un gigante, con sus ramas al acecho de alguna presa —quizás estuviera, él también, atento al cachorro, mirándolo de reojo—, en un gesto detenido y melodramático allí en la explanada. Un gesto que no era amenazante sino ampuloso, teatral, y por lo mismo inofensivo.